

cida en las letras francesas. Su ironía, su humor, su conocimiento agudo pertenecen a esa orden particularmente individual que no permite rivalidad. El aura que circunda su obra pertenece únicamente a él y con su muerte se extinguirá una personalidad de seguro única en Francia, y que no va a repetirse.

El encanto de sus libros reside principalmente en la conversación. A través de la conversación de sus personajes, sagaz, ingeniosa, sardónica y delicada, France revela a la vez, astucia y carácter. Cuando en alguno de sus libros hay un personaje, tal como el perro, Riquet, en «Monsieur Bergeret en París», que no habla, él describe con gravedad los pensamientos de la creatura.

Siempre es peligroso recomendar una lista seleccionada de obras de un escritor, pero hay ciertos volúmenes de

Anatole France que muestran, indudablemente, la razón por qué es él hoy quien recibe con honor el Premio Nobel. Son libros que leerán todos los que gusten de la buena lectura; los pocos que se colocan aquí, son obra de pura selección personal y, desde luego, se ha agraviado tanto al escritor, que ella no escapa a la virtud de agregarle otros que son de lo más sabio e ingenioso que se ha escrito en los tiempos modernos: «Jocaste et le Chat Maigre», «Le Crime de Sylvestre Bonnard», «Balthazar», «Thais», «Les Opinions de Jerome Coignard», «Le Lys Rouge», «Le Jardin d'Epicure», «L'Anneau d'Amathyste», «Les Revoltes des Anges», «L'Isle des Pengouins» y *Les Dieux ont Soif*.

(Traducido del THE NEW YORK TIMES, Book Review and Magazine, para el REPERTORIO AMERICANO).

## La farsa de "El Soldado Desconocido"

POR CARMEN LIRA

Al congregarnos solemnemente en torno de este sepulcro, los corazones del pueblo americano se unen en el tributo hecho a sus parientes de habla inglesa. Y ahora, en este sagrado recinto, en nombre del Presidente y del pueblo de los Estados Unidos, yo coloco sobre esta tumba la Medalla de Honor conferida por decreto especial del Congreso americano, en conmemoración de los sacrificios de nuestro camarada inglés y de sus compatriotas y como pequeña demostración de nuestra gratitud y afecto al pueblo.

(Frasas del General Pershing en su discurso pronunciado en la Abadía de Westminster, ante la tumba del Soldado Desconocido).

La acción del Presidente y del Congreso (se refiere a los Estados Unidos) ha conmovido profundamente los corazones ingleses. Este imperio hasta en sus más apartados rincones no desconoce la profunda significación de este muerto y de este día. El homenaje que hoy se hace en esta tumba permanecerá como el emblema de un común sacrificio por un común propósito. Recordará no sólo a esta generación sino a las futuras, que las miras fundamentales de estas dos democracias, son las mismas, y será interpretado como solemne promesa hecha al muerto valeroso; de que estos dos poderosos pueblos que fueron camaradas en la Gran Guerra, han resuelto continuar siendo camaradas para garantizar una Gran Paz.

(Palabras de Mr. Lloyd George al contestar el discurso del General Pershing).

HACE poco tiempo que una misión americana trajo de Europa a bordo del «Olimpia» los restos de una de

los millones de víctimas que hiciera la Guerra del Capital o en términos hipócritas, la Guerra Europea. Por supuesto, que los huesos tenían que ser los huesos de un yankee.

A propósito de tal hecho los diarios y revistas patrioterros de los países aliados, armaron una algarabía que pone a preguntarse la imaginación si algo por el estilo no era en la antigüedad el coro de mujeres pagadas por llorar y lanzar exclamaciones en torno de un cadáver que nada les importaba.

Hay páginas de páginas dedicadas a las ceremonias a que diera ocasión el suceso. Los grabados que ilustran los comentarios son incontables:

Aquí se ve al General Pershing ante la tumba de «El Soldado Desconocido», en la Abadía de Westminster, en el momento de pronunciar su discurso. Otro es el del General Pershing al colocar en el cenotafio de Whitehall, la corona de palmas y laureles, realizada con los colores americanos y la tarjeta en la que campean las enternecedoras frases de «El General Pershing con cariñosa simpatía y en gloriosa memoria de sus camaradas británicos que cayeron durante la Gran Guerra». En el de más allá se ve a Lloyd George al contestar lleno de gratitud al General Pershing. O bien es el General Pershing en el Arco de Triunfo en París, en el instante de clavar en un almohadón, ante la tumba del Poilu Inconnu, la medalla que el Congreso americano tuvo a bien ofrecer a los sacrificados porque los capitales X, Y, Z, no sufrieran menoscabo. (En este grabado se ofrece la oportunidad de saber algo de la prestancia de alguno de los gene-

rales franceses que tuvieron la gloria de ofrendar al genio maléfico de la Patria, más metros cúbicos de sangre). En alguna parte se encuentra uno con la bucólica escena del General Pershing plantando en una de las pelouses del Trocadero, cierta encina destinada a simbolizar la amistad franco-americana.

En cuanto al «Unknown Warrior» americano: son muchas las columnas con sus correspondientes fotograbados que permiten ver y saber algo de la exhumación de cuatro ataúdes de soldados yankees; de cómo un sargento eligió uno entre los cuatro, colocando sobre él un ramillete de rosas de Francia; del ataúd de plata maciza, acolchado en satén blanco y con un forro de género negro que iba a contener los preciosos restos; de la honra que antes de zarpar el «Olimpia» hiciera un alto funcionario francés a las reliquias, colocando sobre ellas la Cruz de la Legión de Honor, con la cual parece que también se ha honrado a muchos seres en torno de los que flotaron ciertas influencias durante la guerra, influencias que los libraron de estar en el frente.

Y durante todo el presente año el invento francés—porque es francés, si no estoy mal informada—del monumento al Soldado Desconocido, llamado a tener el éxito de este otro del Corazón de Jesús, ha estado conmoviendo por medio de la prensa, al mundo entero.

Una lujosa revista francesa de gran circulación dice ingenuamente en un número de setiembre, que diariamente reciben fotografías de monumentos dedicados a las víctimas de la guerra y que Deauville, la playa de moda, tendrá también el suyo. Muy sobrio ¡oh, eso sí! será este monumento de Deauville. Figuraos que consta de una sola figura de mujer ataviada como Palas Atenea y que representa la Francia. Eso dará lugar a que los bañistas salpimenten los placeres que les ofrece la playa con esta idea fúnebre y que experimenten la voluptuosidad de sentirse todavía riendo bajo el sol del buen Dios y gozando de las ventajas del dinero y de la victoria. Además, las damas sentimentales tendrán ocasión de ponerse histéricas, cuando la Francia ataviada como Palas Atenea las invite a pasar volando sobre el recuerdo de los 500,000 muertos de Verdún, o de memorias por el estilo.

— Pero lo que ha pasado en Italia encierra una nota cómica: parece que una misión militar francesa fué en setiembre a colocar en el Monte Tomba, la primera piedra al monumento a los franceses muertos en tierra italiana. Allí fueron muy agasajados, pero en Turín y en Milán se les recibió con

frialdad y en Venecia una manifestación fascista interrumpió violentamente la Marsellesa con gritos de «¡Viva Italia!» «¡Abajo Francia!»... y mariscal y embajador franceses tuvieron que poner abajo su solemnidad y sus gestos heroicos,—y pies ¿para qué os quiero?, buscar refugio en el Campanile. Después de esto, idas y venidas diplomáticas de París a Roma para atenuar la penosa impresión producida por esos malos patriotas.

En el cementerio de Soupir, se alza el monumento conmemorativo a los soldados italianos caídos en suelo francés. Es muy sencillo. La sencillez es el santo y seña que se han dado los escultores. Tiene un «Patria mía» en alguna parte, una cruz y tres rostros arreglados conforme lo inspirara el chauvinismo del artista.

Es indudable que las sociedades actuales ofrecen campo muy propicio para que germine y se extienda rápida esta invención francesa. En primer término, las mujeres en cuyo organismo enreda y se embrolla con facilidad toda idea romanesca: Magdalena Marx, joven escritora francesa de renombre en París, estimada en mucho por Anatole France, dice en alguna parte dirigiéndose a las mujeres que «algunas veces es muy fácil hacer llorar. La piedad explora hábilmente con sus manos, santifica todo lo que toca, pero tiene los ojos cerrados. Es a menudo, a su pesar, egoísta, paradójica, desordenada. Es individualista y no alcanza a los desconocidos. ¿Cuántas madres a a quienes la guerra ha matado el hijo, se han arrancado de la intimidad de su duelo? La actitud de las mujeres durante la guerra ha puesto de manifiesto la falta de inteligencia en su dolor». Y con las mujeres, los hombres de alma afeminada y los inconscientes, y los que comprenden la mentira que encierran tumbas y cenotafios al Soldado Desconocido, pero que no quieren pasar por gentes de malos sentimientos y como los cortesanos de aquel cuento del conde de Lucanor «El traje invisible», fingen ver nobleza y heroísmo en donde no hay nada. Pero no, que en este caso sí que hay, y algo más que el aire o la desnudez de un pobre rey y lo que hay es crimen y mentira.

Un geniecillo malicioso deslizó un día en mi cabeza esta idea que bien puede ser una tontera: ¡Oh! ¿cómo sería si los desenterradores de los gloriosos cadáveres acertaran a elegir el de uno de aquellos a quienes sus jefes hicieron fusilar por cierta desobediencia más o menos ligera, sin tomar en cuenta todo el dolor sufrido hasta entonces, acción que hiciera a algún compañero de la víctima colocar sobre el montón de tierra que cubría sus despojos esta irónica leyenda: «La Patria agradecida!»

Yo exhorto a todos los que experimenten la proclividad a conmovirse con la faramalla que se hace en torno del *Soldado Desconocido*, a leer «El Fuego» de Barbusse. Ojalá también pudieran informarse sobre las ganancias fabulosas obtenidas durante la guerra por la mayor parte de los capitalistas de los países beligerantes y si es posible compararlas con las de antes de la guerra y se den cuenta de la enorme diferencia en favor de aquellos; ilústrense sobre los capitales hechos a la sombra de la guerra y de cómo la expresión «Nouveau riche» es hoy más que nunca en Francia un insulto para las gentes honradas.

Son los nombres de estos nuevos ricos y de los que han aumentado su capital en tiempo de la guerra, los que muy a menudo se leen al pie de mensajes en que se habla del Soldado Desconocido en frases que hacen llorar a las mujeres y agitar la cabeza con aire conmovido a los hombres afeminados o hipócritas.

Es, pues, el agradecimiento de todos los que han salido gananciosos, quizá una pizca de remordimiento que desean acallar y la hipocresía de los pueblos, su malicia, su inconsciencia, quienes en realidad han erigido monumentos, desenterrado los huesos de sus víctimas y socavado tumbas bajo Arcos de Triunfo o en recintos en donde hay reyes enterrados.

Y resulta tragicómico en esas grandes urbes, después de haber edificado los ojos ante el montón de coronas enviadas por diplomáticos, capitalistas, militares y tontos, coronas con cintas llenas de inscripciones doradas en loanza de la sangre derramada y del dolor ignorado, encontrar soldados mutilados, con el pecho constelado de medallas y cruces, pidiendo limosna; o leer en algún periódico socialista, del trato poco digno de tributarse a héroes que reciben en los asilos, los miles de tuberculosos que adquirieron la enfermedad en las trincheras.

(Envío de la Autora).

## La estimación extranjera

ESCUELA NORMAL,  
J. ABELARDO NUÑEZ

DIRECCIÓN:  
SANTIAGO DE CHILE

Santiago, 15 de Nov., 1921.

Sr. D. Luis Felipe González

Heredia.

Muy distinguido señor:

TEngo el honor de acusarle recibo de su gran obra «Historia de la Influencia Extranjera en el desenvolvimiento Educativo y Científico de Costa Rica», que ha tenido Ud. la gentileza de enviarme. Me parece su obra de extraordinaria importancia, tanto por la vasta erudición que Ud. ha atesorado en ella, como por la demostración palpable de los esfuerzos de Costa Rica por constituir su democracia en la difusión de la mejor educación pública.

Su libro es un poema a su patria. Es conmovedor ese afán ilimitado de Costa Rica por beber en todas las fuentes de inspiración cultural, por dar a la niñez y a la juventud la más perfecta orientación para su vida íntima y social. En Chile, no tenemos un libro parecido al suyo. En realidad, para hacerlo, se requiere ser un erudito, un pedagogo, un sociólogo y un hábil y elegante expositor, condiciones muy armoniosamente unidas en usted.

Le ruego, señor, aceptar, con mis

agradecimientos, mis felicitaciones por el éxito con que ha terminado una obra que debe enorgullecer a la literatura costarricense, y la distinguida consideración con que me suscribo de Ud. su muy sincero admirador,

M. SALAS MARCHÁN.

«Luis Felipe González. — Historia de la Influencia Extranjera en el desenvolvimiento Educativo y Científico de Costa Rica. — 1921».

Es un libro juicioso y erudito, que cumple con fidelidad lo que su título anuncia.

Para los colombianos es particularmente interesante el Capítulo V de la «Segunda Parte», donde se estudia la influencia que en el pensamiento costarricense tuvieron compatriotas nuestros, como Miguel Macaya, José D. Obaldía, Bernardo Uribe, Sara Cifuentes, Presbo. Francisco Castañeda, Francisco Urdaneta, José y Mario Valenzuela y otros.

Asimismo, está señalada allí la influencia colombiana por medio de sus revistas y sus libros.

Tema es el libro de los más atractivos, que debería tentar el criterio y la erudición de algún compatriota nuestro para hacer igual estudio respecto a extrañas intervenciones en nuestra formación intelectual.

(De la revista *Colombia*. Medellín, noviembre 16 de 1921).